LA SEPULTURA DE GAYARRE

El pueblo del Roncal, que da nombre á todo el valle, tiene además del atractivo de su hermosa situación y el de sus pintorescas costumbres y antiguas tradiciones, el haber sido patria de Gayarre.

Los roncaleses muestran hoy, acaso con menos orgullo del que cualquier otro pueblo sentiría, la humilde casa, poco há restaurada, donde nació y pasó sus primeros años el gran cantante, una casita alta y blanca en medio de un frondoso ramillete. ¡Cuántas veces cuando su nombre era pronunciado con entusiasta admiración, cuando su voz arrebataba á los públicos más cultos de Europa, en las grandes noches de aplausos y aclamaciones delirantes, pensaba el gran artista con piadoso enternecimiento en el ameno valle regado por el Ezca, en sus ancianos padres, en su modesto hogar, en las sendas, trochas y espesuras de aquel rincón del mundo, perdido entre los pliegues de piedra de los montes Pirineos!

Cartas que desde San Petersburgo, Berlín ó Viena escribía Gayarre á su familia y ésta guarda religiosamente, revelan con sencilla elocuencia el amor que el célebre cantante sentía por su tierra natal. Siempre hay en ellas frases de cariño para sus paisanos, siempre caritativas recomendaciones á favor de los pobres del valle. «Que no se olvide comprar a Fulano una manta; que se socorra á Zutana; que no le falte su cajetilla y su peseta al vecino...» En medio de su gloria, adulado por los poderosos de Europa, el artista nabarro sentía cada vez con más fuerza anudados los lazos que unían su corazón con sus compañeros y amigos de infancia y de juventud.

Prueban también cuán constante y firme era éste afecto las construcciones con que Gayarre dotó á su pueblo. Digno de Atenas es el frontón edificado a sus expensas y cuyo coste no baja de ochenta mil duros. Aquel espacioso recinto, cerrado por altos muros de bien labra-

da piedra, solado de anchas losas, adornado con doble fila de árboles, construido sobre un sólido malecón, en la margen derecha del río, sirve no solamente de juego de pelota, sino de cómodo y elegante paseo.

Al lado del frontón están las escuelas, elegante edificio que consta de un cuerpo central y dos alas: la fachada principal al Mediodía, con grandes balcones, da á un extenso jardín en forma de terraza. Estas escuelas serán en breve inauguradas, y en ellas se verá realizado el pensamiento de Gayarre, pensamiento que no se reducía á edificar un local destinado exclusivamente á la primera enseñanza, sino á establecer además un centro de instrucción preparatoria para otros estudios, particularmente el del comercio. Por dolorosa experiencia propia sabía el gran tenor cuántos obstáculos embarazan el camino del que aspira á conquistar una posición ó un nombre, y quiso evitar en lo posible á sus paisanos las asperezas que él, pobre y sin apoyo, había tenido que salvar con su propio esfuerzo.

*
* *

Un estrecho camino, que comienza en el pueblo y sigue paralelo á la margen del río, termina en el cementerio de la villa. El camposanto del Roncal no se parece á ningún otro camposanto: es un corralón cercado con cuatro pobres tapias y con una sola entrada cerrada con una modesta verja de hierro. En la tierra removida de aquel lugar cerrado no hay lápidas, ni cruces, ni inscripciones: los que allí duermen parecen olvidados por los vivos. Nada tampoco de adornos; ni un ciprés, ni un sauce, ni un arbusto, ni una flor. Sólo algunas manchas de yerba en los húmedos rincones. En aquella tremenda democracia de la muerte no existen categorías, ni títulos, ni honores, ni nombres siquiera; todo es fosa común, un pudridero en que se desmoronan confundidos los huesos de los que un día poblaron el valle.

La tarde que yo visité el camposanto no interrumpía una sola voz el silencio que reinaba dentro y en los alrededores del fúnebre recinto. La naturaleza parecía hablar bajo, como el hombre habla en la iglesia: cuantos rumores llegaban hasta el cementerio quedaban amortiguados por no sé qué misterioso respeto: ténue el rumor del viento, confuso y débil el murmullo del río y quejumbrosos y como dolientes los trinos de las aves ocultas en las vecinas arboledas. En el centro del camposanto álzase la gradería de mármol en cuya meseta ha de descansar

el sepulcro de Gayarre, debajo; en espaciosa cripta subterránea, descansan los restos del gran cantor. Tan solo un modesto enterramiento hace compañía á la lujosa sepultura.

Contemplando aquellos mármoles solitarios sentí que se levantaba en mi memoria el recuerdo de horas inolvidables. Era en Octubre del año 77. Se cantaba *La Favorita.* En el último acto, Gayarre, vestido con hábito monacal, cruzados los brazos sobre el pecho y los ojos en extático arrobamiento, avanzó pausadamente hasta la batería del teatro y cantó la célebre romanza *Spirto gentil.....* Aquello fué un asombro: su voz expresaba con incomparable delicadeza todos los matices del sentimiento y todas las gradaciones de la pasión. Recuerdos melancólicos, hondas tristezas, anhelos infinitos, fervientes plegarias, ecos fugitivos de disipadas alegrías y desvanecidas esperanzas, cuanto de más íntimo é inefable guarda en sus recónditos senos el corazón humano, vibraba en la voz argentina del gran cantante. Desde las primeras notas el público se sintió subyugado. ¡Eran humanos aquellos acentos! Y la multitud que llenaba el teatro Real escuchaba el divino canto silenciosa, extática. Cuando la voz cesó, hizo retemblar la sala una formidable tempestad de aplausos, de aclamaciones de gritos delirantes. Los espectadores estaban en pie, las señoras agitaban los pañuelos, muchos hombres lloraban: todos sentían ese estremecimiento de la médula, «ese frio por la espalda» de que habla el poeta y que es como la vibración con que el cuerpo responde á las grandes sacudidas del alma. El público no era en aquel momento un agregado de individuos, era un ser único, con un solo corazón y una sola inteligencia...

Después recordé la lúgubre tarde de Enero en que una multitud silenciosa y triste se agrupaba, azotada por la nieve, ante el pórtico de nuestro gran teatro lírico. En un carro fúnebre, cuyas coronas agitaba y descomponía el viento, descansaba el ataud que encerraba los restos de Gayarre. La orquesta, colocada en el atrio del edificio, tocó el preludio del cuarto acto de la ópera de Donizetti. Al llegar á la famosa romanza, rompióse bruscamente la melodía, sintióse entonces pasar sobre la multitud el aleteo de la muerte. La súbita interrupción parecía algo así como el desgarramiento de la vida del artista, como el golpe brutal de la implacable guadaña.

Hoy de las pasadas grandezas solamente queda aquel mármol, cuya frialdad es un símbolo. ¡Triste destino el del actor! A sus efímeros

triunfos pueden aplicarse los versos del autor de *La vida es sueño:*

El aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas lo convierte
la muerte....

¡Gloria de un momento; luz de relámpago intenso, viva, deslumbradora; pero que se extingue tan pronto como se extiende!

* * *

Cuando bajo la influencia de estos pensamientos y del melancólico cuadro que acababa de contemplar, volví á la villa, la dueña de la posada, una anciana vestida de luto, me preguntó:

—¿Ha visto usted el cementerio?

—Sí; le contesté... He observado que allí no hay lápidas, ni coronas, ni flores, ni inscripciones....

—Y todo eso ¿para qué?

¡Oh, tenía razón la viejecilla roncalesa! ¿Para qué?

Zeda.

MORAZA

El 17 del corriente hizo veinte años que dejó de existir aquel gran patricio bascongado que hasta sus últimos momentos defendió la santidad de nuestras venerandas leyes.

El tiempo, que todo se lo lleva, no ha podido borrar el recuerdo de Moraza; antes bien, nos ha hecho notar su falta evidenciando las dotes inestimables del eximio vitoriano.

Que ese recuerdo perdure siempre en nuestra memoria; que su vida de ciudadano nos sirva de ejemplo que imitar; y que las oraciones de los suyos no le falten como no le falta á su nombre la aureola preclarísima que para todo buen euskaro tiene.